

Aproximaciones a un mundo mortalmente enfermo. Sintomatología clínica (I)

La observación, el estudio, la comprensión de las anomalías individuales y sociales que ponen en peligro la subsistencia de la vida humana, de la vida animal, de la vida vegetal, están al alcance de todos los que tienen ojos para ver y un mínimo, por lo menos, de capacidad mental para comprender.

En el transcurso de los milenios se han padecido muchos males, todos los males imaginables, la guerra, las pestes, el hambre, los cataclismos de toda naturaleza; no hay desastre que no haya conocido la especie humana, y que no lo haya sufrido, y sin embargo los peligros fueron sorteados y los escollos superados por la inteligencia despierta, por el instinto de conservación, por el azar mismo, por las causas que se quiera; pero la verdad es que hemos sobrevivido como especie, cuando muchas otras, menos aptas, con menos recursos, con menos capacidad, han desaparecido y apenas nos da cuenta de ellas la Paleontología, los análisis de los suelos. Explíquese como se quiera y como se pueda ese fenómeno de la supervivencia del hombre en condiciones tan hostiles, pero en la medida relativa en que podemos hacer comparaciones, revivir pasados de tinieblas, de luto, de sangre, de inseguridad, de peligros, nunca se ha visto a la especie humana encaminarse tan torpemente a su ocaso, sin inquietud, sin desasosiego ante un mañana que nos acecha cada día más palpablemente, sin noción alguna del peligro, de la catástrofe, de la nada que se nos viene encima. Y esto justamente en una etapa de nuestro desarrollo en que la capacidad

humana casi se equipara con la omnipotencia con que todas las religiones han ornamentado a los dioses.

Hemos llegado a un punto en que la palabra imposible, el no más allá, no tiene vigencia. Eso quiere decir que podemos salvarnos, que podemos sobrevivir con sólo abrir los ojos y ver y captar todo lo que ocurre a nuestro alrededor, de cerca o de lejos. ¿Por qué no lo hacemos?

Entre las grandes invenciones de que hemos sido capaces, podemos enumerar el alcohol, las drogas paradisíacas, la comunicación social, y esos factores en acción nos explican por qué avanzamos con los ojos cerrados y serenos hacia el abismo, sin más pasión que la de los deportes de moda, la violencia y el terror y la transfiguración física y mental por las propagandas de todos los medios de comunicación, la prensa, la radio, la televisión.

Reunamos unas cuantas observaciones sobre este paraíso terrestre al que nos han llevado, pensando que lo hacían en su provecho, los que tenían las riendas para hacer posible esa trayectoria, los que tenían la sartén por el mango, y esas pocas referencias pueden servir

y hasta 1850, apenas mil millones; pero apenas ochenta años más tarde, al finalizar el primer tercio del siglo XIX, éramos ya dos mil millones, y en 1950 alcanzábamos los tres mil millones, y no pasaron treinta años desde 1950 y la especie humana suma en los diversos continentes cuatro mil millones. Para el año 2000, que llama ya a la puerta, las estadísticas nos ofrecerán alrededor de los siete mil quinientos millones de habitantes. En promedio, la población se duplica en sólo treinta o treinta y cinco años, en unos pocos menos años entre los que vegetan en condiciones míseras e inseguras y en un plazo un poco mayor entre los que disfrutan de un relativo bienestar. De los cuatro mil millones que deambulamos o vegetamos hoy sobre la corteza terrestre, un millar de millones, un millar y medio de millones, sobreviven en condiciones de desnutrición, de desamparo material, sin perspectivas de desarrollo, sin pan y sin abrigo suficientes para una vida sana, tolerable. La pobreza, la subalimentación, la falta de toda higiene, la inseguridad, la ignorancia, ponen en peligro la subsistencia de millones y millones del llamado *homo sapiens*. Quinientos millones de niños mueren en el mundo prematuramente por falta de alimento, por enfermedades carenciales y otras, por falta de higiene y de una mínima atención sanitaria.

Los problemas de la explosión demográfica irrumpen de modo permanente y no hay genios de la vida política, de la economía, de las finanzas, que se atrevan a encontrar y a señalar los medios para que mil millones de hombres, mujeres y niños puedan sobrevivir, en las condiciones actuales, porque la imaginación no alcanza a prever lo que ocurrirá tan sólo en los primeros tres o cuatro decenios del siglo XXI, cuando la población humana haya llegado a los ocho mil millones. Y sobrevivir no es todo, porque la humanidad necesita, como algo esencial y vital, además, la convivencia, el contacto de codos, de aspiraciones, de esperanzas y de luchas por un mundo mejor. Sin esa convivencia, sin esa comunidad, sin ese clima moral y social y material, la supervivencia pierde sentido y no ofrece motivos de actuación ni cimientos para la esperanza. El panorama que presenciamos en las postrimerías del siglo XX, no se habría podido imaginar siquiera por nuestros antecesores del siglo XVIII, y quizá tampoco por los del siglo XIX, cuando un Malthus se alarmaba en vista del aumento de la población sin coincidencia con el aumento de los medios alimenticios.

Aglomeraciones monstruosas

Tan sólo a comienzo de nuestro siglo xx, había en todo el mundo apenas diez ciudades con cerca de un millón de habitantes cada una. El panorama ha cambiado en proporciones inimaginables. En 1955 las ciudades de más de un millón de habitantes pasaban de cien; pero eso no dice bastante; las pocas ciudades de un millón de seres de comienzo del siglo, no solían sobrepasar esa cifra más que en escasos centenares de millares. La gran parte de esas ciudades millonarias de 1955-1965 son Megalópolis de ocho, de diez, de quince y más millones de seres; aglomeraciones monstruosas, realmente monstruosas; las hemos visto crecer a una velocidad de vértigo y por eso es de suponer su estructura. En algunos aspectos hubo una mejora para los recién llegados de las zonas paupérrimas del interior, pero en general se ofreció el espectáculo de barrios internos o aledaños con masas crecientes de infraalimentados, de mal vestidos, de pésimamente alojados, con focos de contaminación morbosa. Eso desde el punto de vista material, porque, además, las Megalópolis modernas son factores activos de deshumanización, de insolidaridad entre sus componentes. Esas grandes ciudades no unen, no amalgaman a los que las habitan, sino que los desunen, los desintegran, los vuelven fríos e indiferentes los unos con respecto a los otros, en la misma urbe, en el mismo barrio, en la misma vivienda.

En Oceanía y Australia, las tres cuartas partes de la población vive ya en ciudades más o menos populosas; en Europa y América, incluyendo la URSS, vive en las grandes urbes crecientes la mitad de la población; en Africa y Asia, una quinta parte. Se calcula por algunos investigadores que, a finales de nuestro siglo, las dos terceras partes de la población de los países llamados desarrollados, residirán en las ciudades, en las ciudades en permanente crecimiento, en las que se anula el sentido fraterno de la convivencia, sin más escapatorias que las que ofrecen efímeramente los medios de comunicación para exaltar las virtudes del deporte y de los deportistas, o las excelencias de las figuras políticas dominantes, a las que por esos medios de comunicación se puede convertir en algo como semidioses, con todas las virtudes y todas las cualidades imaginables. Los romanos, en su declinación, inventaron aquella práctica del pan y del circo para contar con el apoyo y la adhesión de las grandes masas de la capital del imperio; hemos progresado, sin duda alguna, pues hoy tenemos que contentarnos con el circo solamente, sin el pan.

Los gastos militares

Otro rasgo distintivo de nuestro mundo es el aumento monstruoso de los gastos militares, en preparación para la tercera hecatombe mundial, que será la última. Hemos sido testigos de dos de esos desastres, el primero en 1914-1918, el segundo en 1939-1945. A pesar de la magnitud de esas tragedias y de su alto costo en vidas y en bienes, no tienen comparación con lo que es fácil de prever en la tercera de esas explosiones en puertas. No hace falta ser profeta, superdotado, para anticipar de lo que será el fruto de la nueva conflagración, en la que se jugará el destino de la humanidad para mucho tiempo o para siempre. La arqueología nos muestra vestigios de viejas civilizaciones y pueblos que han desaparecido, por la causa que sea; la paleontología exhibe indicios de las especies animales que pasaron para no volver a testimoniar su presencia. ¿Por qué podemos imaginar siquiera que lo que hoy existe como humanidad, con todos sus adelantos científicos, tecnológicos y demás, no ha de desaparecer, como Nínive y Babilonia, como Sodoma o Gomorra? Ahora no hacen falta descabros de origen natural; el hombre está en condiciones y puede disponer de elementos, y dispone de ellos efectivamente, para superar en esa obra de destrucción a la naturaleza con sus terremotos y catástrofes meteorológicas.

Se ha calculado que el mundo civilizado gasta todos los años en armamentos y en preparación para la guerra química, física, biológica, más de 400.000 millones de dólares, una cifra que no está por su magnitud al alcance de la imaginación de los más; 400.000 millones son cifras astronómicas. Quizá se pueda tener una idea más concreta si decimos que trabajan hoy en la industria bélica alrededor de 52 millones de obreros, empleados, técnicos y científicos, una cifra que tan sólo unos pocos decenios atrás, habría sido calificada de locura y no se habría podido concebir.

No todos los que viven en la fiebre suicida de la carrera armamentista dan a conocer las cifras de los gastos que esa locura exige, gastos que a la larga, y también a la corta, repercuten en el destino del hombre antes de la guerra, antes de la puesta en acción de esos elementos cada día más destructores, pues después del conflicto no caben las profecías, profecías que están hoy al alcance hasta de los menos capaces de pensar y de prever.

En 1978 se aprobó en Washington el presupuesto para la defensa nacional por las dos Cámaras del Congreso norteamericano: un total

de 117.500 millones de dólares, son cifras que no caben en la capacidad de comprensión de la mayor parte de los mortales, analfabetos o cultos. Y hay que advertir que en las cifras de ese presupuesto fue suprimida una partida de mil millones de dólares para la construcción de un nuevo portaviones nuclear, a la que se opuso el presidente Carter, el cual sostiene que la Armada norteamericana debe concentrarse en buques más ligeros y pequeños portadores de misiles, en lugar de los grandes portaviones, más vulnerables a los ataques enemigos. Tampoco se dio entrada a cifras para la fabricación de las bombas de neutrones, hoy por hoy una perspectiva de ventaja contra el predominio de las armas ofensivas soviéticas, la aviación, la infantería blindada, es decir los tanques, y también la profusión de unidades de la marina en todos los mares. Los hombres del Kremlin se oponen a la fabricación de la bomba de neutrones por los norteamericanos debido a que no disponen de medidas eficientes contra ella, al menos hasta que sus hombres de ciencia y sus técnicos puedan llegar a ese instrumento infernal y decisivo o a algún otro medio para contrarrestar sus efectos destructores de toda forma de vida.

Hay otra cara del negocio de la preparación para la tercera guerra mundial, cuyos dos centros de iniciativa son, por un lado, los representantes del imperialismo del dólar y, por otro lado, los del imperialismo del rublo. Esa otra cara consiste en la venta de armas a los países de menor capacidad productiva de las mismas, armas que pierden vigencia a los pocos años y que solamente resultan eficaces en su empleo por los países menos desarrollados para dirimir con ellas las contiendas internas y las eventuales con sus vecinos. Sólo los Estados Unidos vendieron armas y equipos bélicos al exterior por más de 11.000 millones de dólares, en 1977; las cifras alcanzaron a 13.300 millones de la misma moneda, en el año fiscal de 1978. Es un buen negocio para recuperar parte de las cantidades empleadas en producciones bélicas ya extemporáneas, anticuadas. Pero la misma política emplean todas las potencias industriales de un lado y del otro de la cortina de hierro. Para Francia, la venta de armamento de toda clase a los africanos, a los asiáticos, a los hispanoamericanos, es algo vital para su prosperidad económica. No todos los que participan en la fiebre homicida nos dan a conocer los gastos que esa locura requiere antes de la guerra, pues con respecto a lo que resultará después de la misma sobran todos los datos.

Los Estados Unidos contaban a fines de agosto de 1978 con 2.062.000 hombres en su ejército de tierra, de mar y de aire. ¿Para

asegurar la paz, o para la guerra que viene? Se descompone esa cifra así: 770.553 hombres para el ejército de tierra; 529.974 oficiales y marinos para la armada; 571.271 aviadores; 190.273 fusileros para la infantería de marina. Los efectivos incluyen el personal militar en servicio activo o de reserva en servicio permanente, así como los cadetes de todas las escuelas militares.

Lo que ocurre en la URSS supera con creces esas cifras; y los países que, de un modo u otro, figuran en el elenco de los que han de entrar en fuego o soportar el fuego en la próxima hecatombe, mantienen igualmente fuerzas de tierra, de aire y de mar, muy importantes y sobre todo muy costosas.

En octubre de 1967 ingresó en la Academia de Ciencias de Buenos Aires René G. Favaloro, una de las figuras mundiales de primera fila en la cirugía vascular; en ese acto destacó el aspecto ético y humanista que corresponde a la medicina, sobre lo cual citó textos del gran histólogo Ramón y Cajal; pero no pasó por alto la situación alarmante de por lo menos un cuarenta por ciento de los investigadores científicos y tecnológicos absorbidos y consagrados a tareas de naturaleza bélica, sin contar lo que esa transferencia de la capacidad científica para preparar la guerra cuesta en miles de millones a los pueblos.

El Club de Roma

No se trata de un pequeño cenáculo de barrio en el que unos cuantos amigos y tertulios se reúnen para discutir y comentar los sucesos cotidianos y, a veces, un poco los que están más allá de la cotidianidad, y todo ello al amparo de una cierta identificación clasista, de pertenecientes a una clase económica y social o a un credo religioso o político; se trata de la reunión de expertos, de especialistas en patología económica y social, todos o casi todos de una jerarquía nada común. Lo mismo que en medicina se nos ofrece la mano amiga del curandero, del médico común, del especialista, del investigador, en el tratamiento de los males sociales tropezamos con una gama infinita de Galenos, desde la esfera de los mitos y los milagros, a los de la acción e intervención de los cerebros más luminosos y responsables. Desde hace una decena de años, el Club de Roma está elevando la voz, agudizando el tono, presentando las realidades y las perspectivas de un mundo enfermo, mortalmente enfermo y sugiriendo alguna terapéutica salvadora. Se trata de hombres importantes, algunos muy importantes en la industria, en la cátedra, en la política, en la banca y se reúnen para exponer cada cual sus estudios, sus investigaciones,

sus modos de ver y de sentir. Se trata de un encuentro de hombres que testimonian en ese foro su saber positivo o su presentimiento de lo que viene, de los peligros que nos amenazan si no tomamos tal o cual rumbo, tal o cual remedio. Una de las voces de ese concilio suele ser la de Aurelio Peccei, un hombre que tiene alguna gravitación en el mundo de los grandes empresarios. A mediados de 1978, Peccei se preguntaba en una serena exposición ante filósofos, economistas, juristas, sociólogos, si es o no verdad que nos acercamos a un mañana apocalíptico como coronación de los desencuentros de cada día, identificables, y si no nos estamos acercando a un desastre ineludible si no reaccionamos a tiempo, y ese tiempo no se nos da con generosidad. Dijo Peccei en el Club de Roma: «Dentro de treinta o cuarenta años no existirán más forestas, indispensables para la vida animal y vegetal y para el equilibrio atmosférico. Cada año el hombre quema o abate bosques en una superficie parangonable a las de Dinamarca, Bélgica y Holanda sumadas. En el mismo momento en que el hombre ha impuesto su dominio absoluto sobre el planeta y se ha dotado de medios como para poder ser dueño de su destino, los peligros que le amenazan se han convertido en peligros globales y pueden conducir al eclipse definitivo de la especie. Peligros que van desde la superpoblación del globo al creciente desnivel entre países pobres y ricos, a la carrera armamentista, al creciente empobrecimiento de los recursos: energía, suelos fértiles, biomasa».

Se han operado en el mundo cambios que no podían imaginarse siquiera y, en algunos aspectos, los cambios se hicieron en el sentido de una vuelta atrás, como en eso de los Estados nacionales soberanos e intangibles. Los ecólogos se refieren con alarma a la crisis y al agotamiento de los recursos naturales, aludiendo a la tierra productiva que se pierde, que decrece, que disminuye y se deteriora por la deforestación, por el cultivo excesivo de pastos, por la erosión, el abandono de tierras, la obstrucción de los sistemas de irrigación y de reservorios de aguas, todo ello sumado a los fenómenos meteorológicos naturales, las sequías e inundaciones que destruyen los recursos de la tierra de que se dispone y convierten los problemas transitorios en desastres definitivos.

No sólo hay que tener presente esos estragos, sino que es preciso luchar contra ellos, único modo de hacer frente al hambre, que es ya una realidad y que será mucho más devastadora en los tiempos que llegan.

De todo esto se habló ya elocuentemente, en las Naciones Unidas, o Desunidas, sobre todo en la Conferencia de Estocolmo en 1972. La pérdida o la reducción de los suelos productivos fueron señaladas como uno de los problemas básicos de esta hora, en los países desarrollados y en los que se encuentran en vía de desarrollo, porque es evidente que o bien se intensifica la producción alimenticia, o la población en constante crecimiento va camino de su catástrofe por la desnutrición creciente. El desierto avanza en todos los climas, y una de las causas de esa desertización, una de las causas, es el pastoreo excesivo. La supervivencia de la humanidad dependerá de lo que se haga o deje de hacerse en su defensa, por los propios pueblos y por sus gobiernos.

La destrucción de la vida en los mares

Ante el panorama nada alentador de la tierra en desgaste permanente, con la destrucción de su fauna y de su flora, con la devastación de sus bosques, con la contaminación de la atmósfera, la erosión, etc., quedaba el recurso y la esperanza de los océanos, la riqueza ictícola de los mares, de su plancton; pero en lo que llevamos del siglo xx ha desaparecido de las aguas oceánicas más de un millón de especies y se ve aproximarse, cada día más, el fin de otras que todavía sobreviven. Las ballenas pueden quedar pronto en el recuerdo a través de las fotografías y de las pinturas, lo mismo que las focas. Por el camino que vamos, los mares dejarán de ser una esperanza y una seguridad para la nutrición del hombre. Las aguas ocupan más del 70 % de la superficie terráquea. Y esas aguas estaban pobladas por centenares de millares de formas de vida, y los expertos anuncian que, si son muchas las especies que han desaparecido ya en lo que llevamos del siglo, serán muchas más las que desaparecerán en los años que quedan de esta centuria; algunos investigadores y estudiosos señalan para esa extinción un plazo de cincuenta años.

En el último cuarto de siglo, la vida en los océanos ha decrecido entre un 30 y un 56 por ciento, y la especie humana, causa y motor principal de ese deterioro, no puede subsistir si se extingue la vida en las aguas marinas. También las aguas de los ríos interiores, de los lagos y lagunas, se hallan contaminadas y son mortíferas para la vida en ellas a causa de los deshechos cloacales de las ciudades levantadas en sus bordes y de los residuos que las fábricas químicas y otras vierten en ellos. Cada día queda menos vida en esos ríos, arroyos, lagos, lagunas. Y a ellos hay que agregar las costas marinas que han recibido

y reciben esos residuos letales. De ese modo, grandes zonas tradicionalmente ricas en pesca, han quedado sin vida marina, como el Mar del Norte en Europa y en las costas atlánticas europeas; el Mediterráneo, tan importante a través de milenios para la vida de los pueblos circundantes, ha terminado por no ser ya un foco alimenticio para los pueblos de sus bordes. Solamente los residuos que se vierten en el Adriático, se calculan en 14 millones de toneladas anuales. Y solamente en un año, en 1968, se registró en las aguas oceánicas que bordean las costas de América del Norte, la cantidad de 37.000 toneladas de residuos industriales mortíferos arrojados por naves grandes y barcas —desperdicios industriales y domiciliarios, materiales tóxicos, chatarra, hasta material radiactivo—. Solamente en 1970 se registraron 17 colisiones de transportes petroleros, y raramente transcurre un mes sin esos choques, sin explosiones e incendios de los modernos petroleros; en 1970, para citar un año, se derramaron en los distintos mares del mundo 415.000 toneladas de hidrocarburos; en 1976 las toneladas de hidrocarburos que se vertieron en el mar, alcanzaron cifras superiores a los dos millones, según una fuente de información; pero según otros habrían sido cinco millones, agregando a las colisiones e incendios de los barcos, las fugas de las torres de extracción instaladas en el mar y las del lavado de los tanques de los buques petroleros.

Los transportes de petróleo alcanzaron dimensiones monstruosas; algunas de esas naves pueden llevar hasta medio millón de toneladas. El petrolero holandés «Metula», en el estrecho de Magallanes, en agosto de 1974, según cálculos, habría causado la muerte de 45.000 aves, pingüinos y cormoranes, especialmente, sin contar las especies marinas de la zona.

A esas catástrofes tan comunes en nuestros tiempos, hay que añadir la extracción creciente de pesca en todos los mares. Desde los 20 millones de toneladas que se recogían al final de la segunda guerra mundial, se ha llegado, 25 años después, a más de 70 millones de toneladas. Se proyecta recurrir a procedimientos modernísimos para alcanzar los 100 millones.

Un porvenir tétrico espera a la humanidad con esa depredación de la vida en los mares, como se ha depredado en la superficie terrestre. ¿Por cuánto tiempo se podrá seguir así? En los cotidianos de todas las latitudes ya no llaman la atención las noticias de colisiones, explosiones y demás catástrofes en los monstruosos containers.

No hace mucho tiempo, el infatigable Jacque Costeau, volvió a llamar la atención de sus contemporáneos: «La salud de los océanos presenta un estado alarmante, su vitalidad ha disminuido entre un 30 y un 50 por ciento en los últimos veinticinco años. La especie humana no podrá sobrevivir si los océanos mueren».

El morbo del totalitarismo

La crisis, el derrumbe de un sistema económico como el surgido de la revolución industrial en el siglo XVIII, era una realidad y una preocupación constante, en unos para mantener situaciones injustas de privilegio, en otros para encontrar soluciones estables en una condición de inestabilidad. Hizo su aparición histórica el totalitarismo como doctrina política y social, que ha culminado en nuestros días, desde la inquietudes y desasosiegos que siguieron a la segunda guerra mundial, en la forma morbosa, homicida, inhumana del terrorismo. Este fenómeno planetario no se había conocido con esas modalidades hasta ahora. Sus manifestaciones primeras aparecieron con los núcleos activos de los camisas negras, de Benito Mussolini, después de la primera conflagración mundial, casi simultáneamente con la irrupción del totalitarismo bolchevique en Rusia; con los camisas pardas de Adolfo Hitler, abiertamente contrarrevolucionarios bajo la inspiración de una locura colectiva pangermánica que dejó un saldo de muchos millones de judíos alemanes y de disidentes políticos de todos los matices anti-nazis muertos.

Con la derrota militar del totalitarismo, italiano, alemán y japonés, hizo su aparición el terrorismo supuestamente de izquierda y fue abarcando todas las zonas de beligerancia política en los países desarrollados y en los del tercer mundo, una manifestación morbosa de apetencias de dominio y de placer homicida, movido no siempre se llega a saber por quiénes.

Se conocieron en el siglo XIX y en los primeros decenios del siglo actual, hechos de violencia por motivaciones políticas contra gobernantes y funcionarios extremadamente violentos en la represión, y contra sus colaboradores y financiadores. Se trataba de represalias contra crímenes antisociales, de intentos individuales para poner coto a manifestaciones tiránicas e inhumanas. Se tuvo en España un período emparentado con las exigencias de la primera guerra mundial en el que núcleos mercenarios, al servicio de gobernantes y empresarios industriales, se dedicaron a la liquidación física de cuantos eran juzgados peligrosos para el régimen dominante por su influencia en las ma-

sas populares y por sus ideas de justicia, de libertad y de convivencia en paz. Corrió la sangre, se perdieron muchas vidas, de un lado y del otro de la trinchera, pero nunca fue el placer de matar, el homicidio, el acicate de la acción defensiva y de la represalia, sino todo lo contrario. Cuando la situación volvía a un equilibrio más o menos tolerable, las armas volvían a desaparecer, y los que las manejaban en defensa de la justicia, daban los mejores testimonios de amor a la paz, a la fraternidad y a la convivencia. Entre aquella acción defensiva y de castigo de los desalmados a sueldo o voluntarios, y el terrorismo de nuestros días, el abismo es infranqueable y la distancia no puede ser mayor. Los humanistas, los teólogos, los filósofos españoles desde la alta Edad Media en adelante, han reconocido y justificado la muerte de los tiranos, de las bestias feroces que practican y gozan con el exterminio de sus semejantes, y se han hecho esas afirmaciones en tiempos de los reyes más poderosos; y si algún resquicio quedaba para la acción homicida, se justificaba en nombre de la religión verdadera.

El terrorismo que conoce hoy el mundo tuvo, es verdad, su iniciación en los llamados sectores revolucionarios, de aquellas tendencias políticas y sociales que no conciben que se pueda proceder a un avance justiciero y de liberación más que por la fuerza bruta, por la muerte de los adversarios o calificados de tales; y eso justificó la aparición del terrorismo originado en las corrientes políticas regresivas, totalitarias.

En la política de los grandes Estados, y de los que aspiran a serlo, se alienta y orienta la acción violenta, la acción represiva y homicida. De los unos se sabe a ciencia cierta la parte que les compete, de otros se tiene la sospecha justificada. El panorama no puede ser más trágico ni más sugestivo para los dos extremos en pugna, y la víctima es siempre el pueblo entero sin distinción de clases. Lo que algunos definen como proceso revolucionario de cambio justiciero del orden social inicuo, se traduce en una metódica acción contrarrevolucionaria inhumana. Cabe recordar cómo los revolucionarios del Kremlin fueron de los primeros que pusieron fin a la vida de sus disidentes, de millares de sus disidentes, de centenares de millares, en nombre de un credo llamado revolucionario.

Entre octubre de 1976 y octubre de 1978 fueron ultimados por grupos clandestinos, del más variado origen, más de treinta personalidades políticas de relieve en Europa, una de ellas Aldo Moro, el presidente de la Democracia Cristiana en Italia; en las Olimpiadas de Munich, en 1972, un comando árabe secuestró y dio muerte a once

atletas judíos. Las brigadas rojas de Renato Curzio, la *Eta* vasca, la banda Meinhof-Baader en Alemania, los grupos combatientes palestinos, la minoría católica en Irlanda del Norte, los separatistas bretones en Francia, los moluqueños en Holanda, los árabes del norte africano, argelinos, etc., se dan la mano en el mismo afán de exterminio de sus eventuales adversarios.

Se habla de 1.148 hechos de violencia terrorista en Italia, crímenes y atentados contra jueces, políticos, periodistas, empresarios, en un año de acción de esta categoría. El ministro del interior de Francia, habló de más de un millar de hechos de este tipo en aquel país durante 1976, y de otros tantos en 1977, con heridos, muertos y centenares de explosiones. En el Ulster se menciona en los últimos tiempos casi un millar de muertos. En España se respondió a la decisión de avanzar hacia un régimen democrático en 1976, con horrores y excesos incalificables para impedir dicho proceso. La expansión del recurso al terror por parte de unos, suscita la respuesta equivalente en el otro extremo, y así se ofrece el espectáculo de la acción y la preparación homicida de las izquierdas y de las derechas, con el resultado que se puede prever, de una regresión política y social con todas sus consecuencias.

El departamento de Estado de los Estados Unidos, hizo conocer en agosto de 1978 que solamente desde enero de 1968 a diciembre de 1977 hubo alrededor de 2.690 casos de terrorismo internacional, de los cuales 1.148 involucraron a ciudadanos y propiedades de los Estados Unidos. En algunos países se presta especial amparo y apoyo a los terroristas, cualquiera que sea su origen. Un especialista inglés en el tema, Wilkinson, autor de varios libros, *Terrorismo Político* (1974) y *Terrorismo y Estado liberal* (1977), aseguraba en un artículo de los *Times* de Londres (29 de agosto de 1978) que el terrorismo, lejos de disminuir, va en aumento; la calidad internacional de su acción no puede ponerse en duda; el empleo de elementos terroristas y el terrorismo mismo, van adquiriendo cada vez más el carácter de «guerra sustituta» por parte de determinados países que tratan de debilitar así a sus enemigos.

¿Derechos humanos? —pregunta Wilkinson—. ¿Qué acto de violación de los derechos humanos podrá ser más fundamental que el ser volado en pedazos por una bomba terrorista?

En estos últimos meses se comentó mucho en la prensa internacional el asesinato de unos periodistas búlgaros disidentes, por métodos supertécnicos como el de la simple punción casual por la punta de

un paraguas. En Italia, en los primeros seis meses de 1978, hubo 1.148 atentados, asesinatos, secuestros, explosiones, etc.; en 1976 y 1977, el promedio de los atentados anuales fue de un millar. La técnica moderna coopera eficazmente; la explosión a distancia es bien conocida en los centros militares, y fue ella la que puso fin al jefe del gobierno español, Carrero Blanco, en Madrid, hace pocos años.

Profecías del fin del mundo

Las predicciones del futuro humano no son improvisadas; las hemos tenido en todos los tiempos, en todas las etapas de la historia, signos alarmantes de desastres, de peligro, de muerte fueron señalados como algo inevitable, y explicados en buena parte, como castigo por los pecados humanos.

A mediados de octubre de 1978, el cardenal Corrado Balducci ha comentado en una nota titulada «Profecía o realidad» en *L'Osservatore della domenica*, revista noticiosa del Vaticano, la profecía del arzobispo irlandés Malaquías, del siglo XII, dada a conocer en Roma tan sólo en 1590, considerada apócrifa y sin valor profético, una profecía que anuncia, no ya el apocalipsis del antiguo testamento, sino una tercera guerra mundial o un desastre por el estilo. Y si no se quiere atribuir méritos y significación a la predicción de Malaquías, monseñor Balducci recuerda el secreto de Fátima en 1917. Uno de los niños pastores que dijeron entonces que habían visto a la Virgen María de Fátima, en Portugal, la hermana Lucía, dejó escrita la experiencia vivida y Balducci cita un pasaje del relato: «Un gran flagelo va a caer sobre la humanidad... en la segunda mitad del siglo XX ... satanás reina en los más altos lugares: seducirá las mentes de los más grandes científicos para producir armas con las que gran parte de la humanidad podrá ser destruida en unos pocos minutos ... estallará una gran guerra. Millones de hombres envidiarán a los muertos ...».

Frente a ese porvenir catastrófico, monseñor Balducci opina que «lo único que nos queda es la consoladora certeza de que Dios no puede permitir tal flagelo si la humanidad no lo merece».

Pero sin recurrir a San Malaquías ni al secreto de Fátima, hombres de ciencia, pensadores, observadores imparciales de las contingencias actuales del mundo, han venido llamando la atención de la humanidad, aunque sus voces han caído en el vacío, voces en el desierto, para anunciar el destino de una humanidad enferma, a la cual, en lugar de ayuda terapéutica adecuada, no se sabe aplicar más que dosis de veneno para impedirle cualquier reacción salvadora.

Si en lugar de observar a nuestro alrededor la marcha hacia el abismo, con datos objetivos, concretos, palpables, nos entretenemos en buscar antecedentes proféticos, no tendríamos dificultad para mostrar que el porvenir amenazante, que vemos con los ojos abiertos y con los ojos cerrados, el abismo hacia el cual marchamos, resignados, vencidos, no puede ser más alarmante y más palpable. Para sofocar cualquier inquietud o cualquier desasosiego se nos ofrece el remedio del deporte, de la comunicación social por la prensa, por la televisión, por la radio.

Guerras hubo en todas las latitudes del planeta, con vencedores y con vencidos, desde que el hombre hizo del genocidio una profesión brillante y rentitiva, pero casi todas tenían algún límite a sus estragos. Las dos guerras mundiales de que hemos sido testigos ofrecieron ya el testimonio de la amplitud que podía adquirir el desastre; en la primera de esas hecatombes mundiales hubo más víctimas y destrucciones que en varios milenios de la beligerancia interhumana; los resultados de la segunda todavía no han sido olvidados, todavía sangran las heridas recibidas y se avanza a toda prisa hacia la tercera conflagración, que sobrepasa en sus alcances todo lo conocido hasta hoy. Con la tercera guerra mundial desaparece una civilización que alcanzó tal desarrollo como para destruir a la humanidad y destruir al hombre sobre la tierra.

Los que no quieran abrir los ojos para prever lo que viene, que se complazcan en revisar profecías de todos los tiempos, en explicar anuncios apocalípticos sobre otros fundamentos. Pero lo que importa es que todos los que son capaces de ver, y ven, tengan capacidad para enfrentar juntos el peligro y para poner fin a un ritmo de inhumanidad que nos lleva a una condición en la que no habrá vencedores ni vencidos, en la que no habrá vida humana sobre inmensas extensiones de la corteza terrestre. Tenía razón uno de nuestros amigos al escribir una obra de honda meditación sobre lo que la ciencia y la tecnología pueden realizar en beneficio de la humanidad y lo que pueden realizar en su daño. Lo que hasta ahora vemos, lo que observamos, lo que todos los síntomas nos anticipan, es que la ciencia y la tecnología, sin los cuales la existencia es ya imposible, pueden poner fin a la existencia del ser humano sobre la tierra.

Desde muchos otros puntos y bases se lanzaron a la circulación also como profecías sombrías por físicos y climatólogos sobre el enfriamiento de la tierra, sobre una nueva edad de hielo. Hace poco tiempo se ha visto la congelación del lago Titicaca, en Bolivia, un fe-

nómeno no conocido en la historia; se ha denunciado el aumento de nieve en el hemisferio norte por ilustres profesores e investigadores universitarios; la luz solar sobre el territorio de los Estados Unidos disminuyó en un 1,2 % entre 1964 y 1972. Otros investigadores han llegado a parecidas conclusiones y anuncian una nueva edad de hielo. Pero contra ese destino el poder de que disponemos es muy reducido; en cambio depende de nosotros mismos, de todos nosotros, impedir el ocaso de la civilización dominante por obra y efecto de los errores, desviaciones y anomalías del hombre mismo.

Si el tiempo nos lo permite esbozaremos nuestra visión salvadora, la de una gran revolución mundial, planetaria, que podría continuar la revolución ética de hace dos mil años, tan desfigurada y olvidada desde entonces.

(Continuará)

DIEGO ABAD DE SANTILLAN